

## NUNCA ES TARDE

A las 6.00 am., como cada mañana, sonó el despertador de Pascual. Tenía un día más de trabajo por delante. Pensó que el oficio de albañil, que desempeñaba desde hacía más de cuarenta años, cada vez le costaba más esfuerzo. Se había sacrificado toda su vida por su familia, sin pensar nunca en sí mismo y su trabajo era lo único que, a estas alturas le mantenía en pie.

Se levantó de la cama y anduvo por el pasillo hasta la cocina, para prepararse un café descafeinado y una tostada. La casa se le hacía grande desde que su hija se casó y se marchó a vivir a otra ciudad y, sobre todo, desde que su mujer falleció, hacía ya diez años. Pascual se vistió y salió de su casa hacia la boca del metro como de costumbre.

Al llegar al trabajo, saludó a sus compañeros; todos le tenían mucho aprecio, ya que era el más veterano, y siempre le pedían consejo. Trabajaban en la construcción de un hospital y ese día su jefe le asignó la tarea de colocar el andamio que se encontraba a dos o tres metros de altura. Ya en el andamio, a causa del calor, se sintió mareado y perdió el equilibrio. Sufrió un tremendo impacto contra el suelo y sintió un intenso dolor en la parte central de su cuerpo. No conseguía mover las piernas y se asustó mucho. Poco a poco se le fueron cerrando los ojos mientras oía las voces desesperadas de sus compañeros.

Cuando volvió en sí, se encontró en una habitación luminosa, con las paredes de color claro y rodeado de aparatos médicos. Al lado de su cama estaba, sentado en una silla oscura, Vicente, su mejor amigo desde hacía muchos años. Después de un rato charlando llegó el médico, que le informó de su estado. Había sufrido una fractura de cadera, por lo cual había que intervenir para colocarle una prótesis. El postoperatorio sería complicado y tendría que esforzarse si quería volver a andar...

Al cabo de unas horas, se lo llevaron al quirófano para la operación. Él sólo pensaba en su hija, que en ese momento volaba desde su ciudad para ir a verle. Confiaba en que todo saldría bien y que después de dos meses ya le darían el alta y volvería a trabajar.

Pascual se despertó después de la operación un poco aturdido y con ansias de hablar con el doctor para conocer el resultado de la intervención. El doctor no se encontraba en su habitación, la única que estaba era Laura, su hija, recién llegada del aeropuerto. Laura estaba francamente cansada del viaje, pero a la vez preocupada y no se separó de su padre en toda su estancia en el hospital. Al llegar el médico le informó, pero no traía buenas noticias. La fractura era más grande de lo que pensaban inicialmente y aunque la operación había salido bien no podría volver a trabajar.

Su hija le sugirió la idea de la jubilación anticipada y aunque Pascual no estaba muy de acuerdo porque no imaginaba su vida sin trabajar, pensó que era la mejor opción y aceptó.

A Laura la acababan de contratar en una empresa muy reconocida, por lo que tendría más horas de trabajo y no podría ocuparse de su padre. Ella insistió en ingresar a su padre en una residencia pero Pascual no soportaba la idea. Creía que era un sitio para abandonar a las personas mayores hasta su fallecimiento y él no quería acabar así. Al tener una sola hija que vivía en otra ciudad pesó que era la única solución para permanecer en su ciudad y terminó por convencerse.

Después de dos semanas, ya dado de alta, Pascual y su hija se dirigían a su nuevo hogar, la Residencia de la tercera edad Ballesol. Nada más entrar, Pascual percibió una sensación de infelicidad y eso le echó para atrás. Era una residencia pequeña, luminosa y con pocos residentes. Se acercaron al mostrador en el que había unos folletos junto con un bol de caramelos mentolados, y preguntaron por su habitación. La chica de recepción no hacía más que coger las llamadas telefónicas e intentar prestar atención a Laura que desesperada preguntaba el piso y el número de habitación.

Pascual estaba más centrado en observar la situación: por el pasillo no paraban de pasar señores en sillas de ruedas acompañados de enfermeras que cumplían la labor de ayudarles en todo lo que necesitaban. Cuando la recepcionista pudo, les dio la llave de la habitación y les indicó cómo llegar. Sólo tenían que coger el ascensor hasta el segundo piso y girar a la derecha. Al llegar, Pascual se llevó una tremenda decepción: ¡era una habitación compartida! Él ya no estaba acostumbrado a convivir con más gente, y mucho

menos con desconocidos. Le podría tocar cualquier tipo de persona, desde un señor deprimido y antipático hasta un señor charlatán y pesado.

Su hija se tuvo que marchar y vino una enfermera para llevarle al comedor a cenar, ya que él, también, tendría que permanecer un tiempo en silla de ruedas. La comida resultó ser buena a excepción de sus compañeros de mesa que no eran muy agradables. Nada más terminar, subió a su habitación donde le esperaba su compañero Juan.

Al principio, la convivencia entre Juan y Pascual no era buena. Juan era muy desordenado y, por el contrario, a Pascual siempre le había gustado tener las cosas ordenadas y limpias. Día a día, Pascual se iba encontrando peor. No había nada que verdaderamente le entusiasmara ya que su trabajo, que era lo único que le hacía feliz, ya no lo podía ejercer. A causa de la fractura de cadera, tenía que ir a fisioterapia y hacer ejercicios para la rehabilitación, pero a él ya le daba igual todo...

No tenía ganas de nada y mucho menos de ir al "fisio" a realizar esos dolorosísimos ejercicios por lo que se quedaba en su habitación en lugar de ir a las sesiones.

Al cabo de un tiempo, Juan y Pascual se acabaron haciendo amigos. Bajaban juntos al bingo por las tardes y a la hora de la cena cogían una mesa para ellos dos solo. Les gustaba ver el fútbol en la televisión de la sala común y el tener un amigo a Pascual le devolvió las ganas de vivir. Ya tenía a alguien con quien pasar las tardes y reírse un rato. Se animó hasta el punto de acudir a la fisioterapia que tanto odiaba, y acabó abandonando la silla de ruedas.

Una noche, en su habitación, los dos llegaron a una reflexión: ¡Ya estaban hartos de la vida que llevaban y tenían ganas de salir de allí! Compartían una larga lista de cosas para hacer que todavía no habían tenido la oportunidad de realizar por lo que tramaron un plan.

El plan consistía en lo siguiente: esperarían hasta el día siguiente a la hora de las visitas, cuando la puerta de la calle está siempre abierta. En verdad la puerta no puede permanecer abierta según las normas de la residencia, pero la recepcionista, harta de ir a abrir cada vez que alguien llama al timbre la deja así... Evitarían que las enfermeras les pillaran con la ayuda de un compinche, su amigo Carlos. Carlos era el señor más mayor de la residencia,

que desviaría la atención de las enfermeras fingiendo una caída. En ese momento, ellos aprovecharían y saldrían por la puerta sin ninguna dificultad. Y así lo hicieron.

Siempre les había llamado la atención el "puenting" pero pensaron que ya eran muy mayores para esa actividad, por lo que decidieron hacer algo más relajado como ir a un spa. Al salir de la residencia, había un taxi esperándoles y ellos no hicieron más que decirle al taxista la dirección y pusieron rumbo al balneario.

El balneario consistía en un par de piscinas climatizadas, cuatro o cinco jacuzzis y salas de masajes de todo tipo. Ellos se decantaron por ir a los jacuzzis allí se fueron. Estaban muy relajados, con vistas a la playa y con una copa de vino que les encantaba. Hacía mucho que no tomaban alcohol ya que en la residencia no se lo permitían y Pascual lo echaba en falta.

Estuvieron hablando sobre qué querían hacer al salir del balneario y se les ocurrió organizar su viaje soñado: ir a las playas del Caribe! Ya que tenían dinero ahorrado y el reto de sus vidas por delante, pensaron: ¿y por qué no? de modo que de inmediato pidieron un taxi para ir al aeropuerto.

Ya sentados en el avión, Pascual no se lo podía creer. En el fondo todo esto era demasiado para él. Pensaba en lo preocupada que estaría su hija al enterarse de su desaparición, en su amigo Vicente, en sus compañeros de trabajo... todo esto era una locura pero seguro que lo entenderían. Ahora sólo tenía que disfrutar y aprovechar el viaje al máximo. Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir ya habían llegado.

Sol, playa, agua azul turquesa... hacía mucho que no se sentía tan bien. El frescor del mar era lo mejor que había vivido en años. Era una playa preciosa, con arena blanca y llena de palmeras altas y robustas. Juan ya había sugerido varias veces quedarse allí a vivir, pero el sueldo de albañil de Pascual y sus pocos ahorros no le permitían mucho más.

Allí sentados en la arena siguieron planeando su futuro: Juan prefería volver a la residencia, algo a lo que Pascual se negaba rotundamente y llegaron a un acuerdo. Como Pascual aún conservaba su casa, decidieron que se irían allí a vivir los dos, contratarían un enfermero o una señora de la limpieza para que les mantuviera la casa y les ayudara en todo lo que

necesitaran. Todavía tenían sueños, expectativas, algo que mucha gente de su edad ha perdido hace tiempo. Se habían acompañado el uno al otro, se habían aconsejado y, lo más importante, se habían devuelto mutuamente las ganas de vivir porque...

**¡¡NUNCA ES TARDE PARA CUMPLIR TUS SUEÑOS!!**

**CELESTE TOMÁS GINER, 13 años**

Mención Especial

Madrid